NI

PI

2

F

C

d

ocupaciones humanas, se hará lo que haría el hombre, que en presencia de un carruaje conducido por locos, con las ruedas al aire, lo levantase poniéndole sobre sus ruedas; no lo estropearía y de aquel modo podría marchar bien.

La vida que llevamos de odio y desprecio por el trabajo del pan, y todos nuestros esfuerzos para formar esta vida, contraria á la naturaleza, es el carruaje que arrastramos con las ruedas por el aire.

Y todos los esfuerzos que hacemos para corregir nuestra conducta, no darán ningún resultado, en tanto que no coloquemos el carruaje como es debido.

Tal es la doctrina de Bondareff, de la que soy partidario en absoluto.

He aquí una vez más, como me explico la concepción de Bondareff.

Hubo un tiempo en que los hombres se comían unos á los otros. Pero la noción de la igualdad entre los hombres se ha ido desarrollando cada vez más, hasta el punto en que este estado social ha parecido no poder ser definitivo y la antropofagia desapareció.

Siguió después un tiempo en que unos

hombres se apoderaron del trabajo de los otros, después de haberlos hecho esclavos. Pero la conciencia humana, al iluminarse cada vez más, ha hecho que ese estado social no haya podido subsistir.

Pero esta tiranía, de la cual la forma grosera ha desaparecido al presente, se ha ocultado bajo formas hipócritas, y subsiste aún en nuestros días. El hombre no acapara ya descaradamente el trabajo de otro. Existe hoy otra forma de violencia: los ricos, aprovechándose de la necesidad de los pobres los esclavizan.

Pero según Bondareff, he aquí que viene el tiempo en que la igualdad de los hombres, siendo reconocida por último, hará imposible que pueda aprovecharse la necesidad del prójimo, es decir, del hambre y del frío, que sufren unos para ser esclavizados por los otros; porque habiendo admitido los hombres que el trabajo del pan es una ley que se impone necesariamente á cada uno de ellos, considerarán como deber estricto no vender el pan (es decir, los artículos de primera necesidad) y alimentarse; vestirse y calentarse unos á los otros.

NO

NI

PI

2

F

C

C

En la obra de Bondareff, descubro otro punto de vista que es este:

Sucede á menudo que se oye decir que no debe uno contentarse con leyes negativas, mandamientos negativos, es decir, con reglas que fijan aquello que no debe hacerse; existen, se dice, necesidad de leyes positivas, de mandamientos positivos, son necesarias reglas que determiner de una manera precisa lo que se debe hacer.

Se dice, por ejemplo, que Jesucristo ha dado cinco mandamientos negativos.

Primero. No consideres jamás á los otros como necios ó insensatos y no te enfades con nadie.

Segundo. No consideres el matrimonio como una fuente de placeres; que el esposo no abandonase á su mujer, ni la mujer á su esposo.

Tercero. No jures. No te obligues jamás con promesas, sea con quien sea, ni por lo que sea.

Cuarto. Perdona las violencias y las ofensas y no resistas á los males.

Quinto. No mires á los hombres como enemigos. Ama á tus enemigos como á tus prójimos.

Se pretende que estos cinco mandamientos no nos enseñan sino aquello que no se debe hacer, y que no hay en ellos ni mandamiento ni ley que prescriba lo que debe hacerse.

Puede pareceros extraño, en efecto, que no haya en la doctrina de Cristo mandamientos precisos sobre lo que se debe hacer.

Pero únicamente puede sorprenderse aquel que no crea en la doctrina de Cristo, donde se encuentran, no sólo estos cinco mandamientos, sino toda la doctrina de la verdad (es decir, la verdadera doctrina por excelencia).

Porque la doctrina de la verdad, proclamada por el Cristo, no reside ni en leyes ni en mandamientos, sino tan solo, en el sentido que se le dá á la vida.

La doctrina de la verdad enseña que la vida, y el bien de la vida, no consisten en la dicha personal, como lo piensan la mayoría de las gentes, sino en los actos en que se sirve á Dios y al prójimo.

Y este precepto, no es una prescripción que se deba cumplir para obtener recompensa; tampoco es la expresión mística NU

NI

P

2

F

C

d

de un misterio oculto é incomprensible; sino la revelación de la ley de la vida, ignorada en otro tiempo; la demostración de que la vida no puede ser buena, sino se le dá su verdadero sentido.

He aquí porque, toda la doctrina positiva de Cristo, la doctrina de la verdad, está expresada en estas solas palabras: Ama á Dios y á tu prójimo como á tí mismo.

Es imposible dar ninguna explicación á esta tesis: Bástase ella á sí misma, porque ella es todo.

Las leyes y mandamientos de Cristo, lo mismo que las leyes y preceptos judaicos y budistas, no hacen más que indicar los casos, en que, las tentaciones del mundo apartan á los hombres del verdadero sentido de la vida.

Así pues, pueden existir muchas leyes y mandamientos, mientras que sólo puede haber una doctrina positiva de la vida, que nos enseñe lo que se debe hacer.

La vida del hombre, consiste en la persecución de un fin. Quiéralo ó no, se ve obligado á marchar hacia él, puesto que vive. El Cristo, enseña á los hombres su camino, y les enseña al mismo tiempo, cómo es posible apartarse del verdadero camino para extraviarse en los falsos: y las indicaciones de este último género, pueden ser muy numerosas. Se las llama mandamientos. Jesucristo ha dado cinco de estos mandamientos, y son de tal naturaleza que hasta el presente nada ha podido añadírseles ni nada quitárseles. Pero un solo precepto nos enseña el camino derecho, como si no pudiese existir más de un mandamiento para enseñarnos á dirigirnos.

Así pues, la razón por la cual existen en la doctrina de Cristo preceptos negativos y ninguno positivo, no parece ilegítima, si no á aquellos que no conocen la doctrina de la verdad, ni aun siquiera el camino de la vida indicado por el Cristo, ó también á aquellos que no creen en su enseñanza. En cuanto á aquellos que creen que el camino de la vida indicado por Jesucristo, es el solo y verdadero, estos no pueden buscar mandamientos positivos en su doctrina.

Las diversas acciones positivas que se desprenden de esta doctrina del verdadero

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REVES"

NO

NI

P

2

F

C

camino de la vida, siempre son clara y netamente definidos por aquellos que conocen la enseñanza de Cristo. Las gentes que conocen el verdadero camino de la vida, son parecidas, según la expresión de Cristo, á la fuente de agua viva, es decir, á la fuente que brota del suelo.

Todas sus acciones van naturalmente como la corriente del agua que se extiende por todo, á pesar de los obstáculos que encuentre.

El hombre que cree en la doctrina de Jesucristo, no puede preguntar cuáles son sus deberes positivos, así como la fuente que brota del suelo, no pregunta lo qué debe hacer. Sacia la sed de los campos, de la tierra, de la hierba, de los árboles, de los pájaros, de los animales y de los hombres.

Así procede el hombre que cree en la definición de la vida que ha dado Jesucristo; va derecho á su fin.

El hombre que cree en la doctrina de Cristo, no irá á preguntar lo que debe hacer. El amor que será el principio de su vida, le enseñará neta y claramente el camino que debe tomar y cuáles son sus deberes para el presente y lo porvenir.

La primera y más apremiante de las obras que debe realizar el amor, consiste en saciar á aquel que padece hambre, á dar de beber al que tiene sed, á vestir al desnudo, á visitar á los enfermos y á los presos. He aquí, lo que nos aconsejan á cada instante la doctrina de Cristo y nuestro propio corazón. Además toda la doctrina de Cristo-la razón, la conciencia, el sentimiento-todo, nos exhorta á no dar más pruebas de amor á los hombres vivos antes de haber asegurado la vida de nuestros hermanos y haberles ahorrado los sufrimientos y la muerte, en su lucha desigual contra la naturaleza; todo, en una palabra, nos invita á buscar aquello que es la primera condición de la vida humana, ó sea, el trabajo del pan, que es el más importante y el más penoso de todos los trabajos, y el que se impone á todos los hombres.

Lo mismo que una fuente no puede preguntarádonde ha de enviar sus aguas, si debe regar en lo alto la hierba y las hojas de los árboles ó abajo las raices, lo mismo un hombre que conoce la doctrina

no puede equivocarse sobre el fin á que

debe dirigir su actividad. Jamás el hom-

bre, para quien el sentido de la vida con-

siste en servir á los otros, podrá equivo-

carse, hasta el punto de creer que sirve á

los que mueren de hambre y de frio, re-

dactando leyes, fundando cánones, traba-.

de la verdad, no puede preguntar lo qué NO debe hacer ante todo, si debe enseñar á NI los hombres, defenderles contra los ene-P migos, distraerles, ofrecerles los placeres 7 de la vida ó auxiliar á aquellos que pere-F cen de indigencia. Una fuente no se ex-C tiende sobre la tierra, no llena los estanques y no sacia la sed de los animales ó de las personas, hasta tanto que no ha saciado la de la tierra; igualmente el hombre que conoce la doctrina de la verdad, no puede contribuir á satisfacer las necesidades menos imperiosas de los hombres hasta que ha satisfecho su primera necesidad, es decir, después de haber contribuido á alimentarles, después de haber evitado la muerte, que proviene de la lucha contra la miseria. El hombre que profesa, no con palabras, sino con actos, la doctrina de la verdad y del amor, este jando en objetos de lujo ó tocando el violín ó el piano.

El amor no puede ser necio. Lo mismo que el amor hacia una persona no se manifiesta leyéndole novelas si tiene hambre o regalándole pendientes de gran precio si tiene frio, del mismo modo es inadmisible que el amor al prójimo consiste en divertir á los hartos y en dejar morir en la miseria á los que padecen hambre y frío. El verdadero amor, aquel que se manifiesta no por palabras, sino por actos, lejos de ser ininteligente, es el único en dar, por el contrario, la verdadera sagacidad y la verdadera sabiduría. Tampoco el hombre que se siente invadido por el amor podrá equivocarse; realizará en seguida la primera acción que exige el amor hacia los hombres, socorrerá á los que tienen hambre y frío, y á los que sufren.

Pero socorrer á los hambrientos, y en una palabra á los desgraciados es luchar cuerpo á cuerpo con la naturaleza. Aquel unicamente que quiere engañarse á sí mismo y engañar á los otros, puede, en el momento del peligro y de la lucha de las gentes contra la miseria, negarse á lle-

Nú

NO

NI

PI

2

F

C

varlas socorro, aumentar su infortunio y á afirmarse á sí mismo, igual que á aquellos que perecen delante de él, que existen otras ocupaciones ó que busca un medio para salvarlas.

Un hombre franco, un hombre parà el que la vida consiste en hacer el bien, no podrá emplear tal lenguaje; y si diese esta respuesta, no encontrará jamás en su conciencia la aprobación de su mentira; tan solo podrá encontrar una defensa en la teoría astuta y diabólica de la Divivisión del Trabajo.

Entre todas las doctrinas sobre la sabiduría humana, desde la de Confucio hasta la de Mahoma, no se encontrará esta idea expresada de una manera tan singularmente precisa como en el Evangelio. Con el Evangelio se llegará al convencimiento de la necesidad de servir á los hombres, no por la teoría de la división del trabajo, sino por el medio más sencillo, más naturol y más indispensable. Con el Evangelio se reconocerá la necesidad de socorrer á los enfermos, á los presos y á aquellos que mueren de hambre y de frío.

Pero no se puede socorrer á los enfer-

mos y á los presos más que trabajando todos inmediatamente, pues los enfermos y los hambrientos no pueden esperar, porque se mueren de hambre y de frío. El hombre que practique la doctrina de la verdad demostrará por su vida, toda entera consagrada al servicio de los otros, la ley primitiva, formulada en el primer libro del Génesis: «Con el sudor de tu frente recolectarás tu pan.» Es la ley primitiva, ó el primer mandamiento, como la llama Bondareff, y nos demuestra que es una ley positiva.

Esta ley, es tal, en efecto, para los hombres que no comprenden el verdadero sentido de la vida, indicado por Jesucristo; ha sido así para los que han vivido antes que él, y continuará siéndolo para los que no crean en él. Esta ley les parece positiva; exige que cada uno de nosotros, conforme á la voluntad de Dios, manifestada en la Biblia y en nuestra inteligencia, viva de su trabajo. Y esta ley conservará este carácter, en tanto, que el sentido de la vida humana, indicado por la doctrina de la verdad, no será conocido por los hombres.

BL TRABAJO

N

N

PI

P

F

C

Pero cuando esos hombres conocerán perfectamente el sentido de la vida descubierto por Jesucristo, la ley que consiste en ganarse el pan, se convertirá, permaneciendo tan verdadera como antes, en una parte de la sola doctrina de Jesucristo (amaos los unos á los otros) y desde entonces, tendrá un sentido negativo y no positivo.

Cuando los hombres comprendan la verdadera doctrina cristiana, esta ley no hará más que mostrarles las antiguas tentaciones de los hombres, es decir, aquello que el hombre debe evitar para no apartarse del camino de la verdadera vida.

Para un hombre del Antiguo Testamento, que no quiera reconocer la doctrina de la verdad, esta ley tiene el sentido siguiente: «Gana el pan con tus propias manos.»

Pero para el cristiano, su significación es negativa, porque le dice: «No creas que se pueda hacer bien á los hombres apoderándose del trabajo ageno y no ganando tu comida con tus propias manos».

Señala esta ley al cristiano una de las

más antiguas y más criminales tentaciones que asaltan á los hombres. Contra esta tentación tan antigua, tan funesta por sus consecuencias, y que nos es dificil reconocer como contraria á la naturaleza humana y como engañosa, contra esta tentación, digo, se dirije el libro de Bondareff. Sus consejos son igualmente obligatorios para aquel que cree en el Antiguo Testamento, para aquel que cree en el Evangelio, y para aquel que no cree en lo escrito por un hombre y obedece á su propia razón y para aquel, en fin, que conoce la doctrina de la verdad.

Lector, querido hermano mío, quien quiera que tu seas, yo te amo. Lejos de querer disgustarte, ofenderte é introducir el mal en tu vida, no deseo más que una cosa: servirte.

Yo podría, desearía probar por largos desenvolvimientos la verdad de esta tésis, refutar todas las objeciones que veo que has de formular contra ella; pero en vano escribiría lo más largamente y talento posible, en vano podría tener razón, desde el punto de vista lógico, no podría convencerte, si luchas con tu espíritu contra

201

NI

2

F

C

C

el mío, si tu corazón permanece frío.

He aquí de lo que tengo miedo. Temo al discutir contigo, rodearte de sombras por el orgullo y la frialdad de mi espíritu, y por lo tanto abismarte. No razonemos pues, solo te pido una cosa: No discutas, no demuestres, pero pregunta á tu corazón.

¿Quien quiera que tu seas, cualesquiera que sean tus cualidades, en cualquier condición que te encuentres, puedes tomar tranquilamente tu té, comer, ocuparte de política, de bellas artes, de ciencias, de medicina, de enseñanza, cuando oyes ó ves á tu puerta un hombre que tiene hambre y frio, que está extenuado y enfermo? No. Pero, dirás tu, no se hallan siempre delante de mi puerta. Sea, pero están á quince metros, ó á diez metros de tu casa y tu lo sabes. Así pues, es imposible vivir tranquilo; cualquiera que sea la alegría, está envenenada por este recuerdo. Para no ver à esos miserables necesitas encerrarte en tu casa, ó dejarles con tu frialdad, ó acaso huir á un retiro donde no te arriesgues à verlos. ¡Pero están en todos partes! Aún cuando llegues á un lugar donde no los encuentres, apodrás escapar á tu conciencia? ¿Qué hacer entonces? Tu lo sabes, y todo el libro de Bondareff te lo indica, que es preciso descender hacia bajo, hacia el lugar que te parece lo bajo, pero es lo alto. Únete tu á los hombres que dan de comer á los que tienen hambre y visten á los que tienen trio. No temas nada. Lejos de empeorar, tu nuevo estado será en todos los respectos mejor que el precedente. Ponte al nivel de los otros; emprende, con tus manos delicadas y faltas de experiencia el trabajo indispensable para dar de comer al que tiene hambre, viste á los que tienen frio, gana tu pan, lucha contra la naturaleza y por primera vez sentiras la tierra firme bajo tus pies: experimentarás el sentimiento de la independencia, de la libertad, de la fuerza; no tendrás necesidad de huir y gozarás una alegría pura, placeres no envenenados de los que nada en el mundo te habrá dado idea. Tendrás satisfacciones desconocidas. Conocerás por vez primera á los hombres sencillos y fuertes, tus hermanos, que á pesar de la distancia que les separa de tí, te han alimentado hasta el presente.

N

P

2

F

C

Con gran satisfacción tuya, verás en ellos virtudes que ignorabas, comprobarás una modestia y una bondad, tan grandes con respecto á tí, que te reconocerás indigno. En vez del ódio y de las burlas que esperabas, encontrarás las caricias, el reconocimiento, el respeto, porque después de haber vivido por ellos toda la vida, te has acordado, de repente, de sus miserias, y quieres, con tus manos débiles, ayudarles. Verás que el islote en el cual te habías refugiado, para que el mal no te tragase, era un montón de fango, en el cual te hundías, mientras que la mar, que te infundía pavor, era la tierra firme. Por ella navegarás animosamente, tranquilamente, con alegría desde ese momento.

Debe ser así, porque abandonando el camino de la mentira, por el cual habías penetrado á pesar tuyo, vas á desembocar en el camino de la verdad. Después de haber desobedecido á la voluntad de Dios, la cumplirás fielmente.

LEON TOLSTOI.

Moscou, Marzo 1888

SEGUNDA PARTE

EL TRABAJO

por el mujik BONDAREFF